

vares caldeados por el sol, la playa de oro con la línea del mar recta en el fondo, las montañas sombreadas por negros pinos, y el rincón de nuestro terruño nos pareció el reino de la luz, visto desde el frío país de la niebla y de la sombra.

Con tales impresiones salimos y llegamos al bulevar de Clichy. Eran las doce de la noche y por la calle había una animación extraordinaria. Todo el mundo celebraba el *Réveillon*. En las ventanas brillaba la claridad del fondo; los juguetes se vendían por todas partes, y en todas partes debían de ser recibidos como caídos del cielo.

En un ángulo del boulevard nos detuvimos, á fin de ver pasar la gente que cruzaba embozada y cargada de paquetes. ¡ Cuántas ilusiones iban envueltas en ellos !

Allí se levantaba otro muro, más largo y severo que el que nos sirve de calendario, de cuyas grises espaldas salían grandes árboles secos y descarnados. Aquel muro encerraba el gran colegio del Sagrado Corazón, y esperando los juguetes, que habían entrado á montones en aquella casa aristocrática, no se dormía aquella noche.

Apoyada en el mismo muro, tampoco dormía (aunque muerta de sueño) una niña de ocho años, que vendía juguetes á diez céntimos. ¡ Pobre infeliz que repartía ilusiones en la edad de recibir las ! ¡ Para ella no había *réveillon* aquel día, ni lo había de haber en su vida !

¡ Cuán temprano venía la desgracia para la niña de afuera y qué pronto llegaría el hastío para las niñas de adentro !

Esto pensando, compramos cada uno dos trom-

petas de las más caras á la niña, le regalamos cada uno una, y fuímonos todos tocando, con la otra, hacia el Molino.

VI

Un fotógrafo de la legua

Al lado mismo del molino y bajo su larga sombra; al borde de un camino, lleno de hierba en verano y cubierto de nieve en invierno; suspendido como un nido de halcones y en lo alto de Montmartre, se sostiene un barracón, pequeño como una casa de guardaaguja, negro y mal cubierto de desmanteladas tablas, debajo de las cuales vive un pobre fotógrafo, olvidado del mundo que se mueve en la gran ciudad extendida á sus plantas.

Su casa y su pequeña galería más parecen un montón de madera que una vivienda humana; componen las paredes, desechos de puertas y ventanas, arrancadas de otras casas demolidas y empotradas allí como en traje de mendigo lleno de remiendos y composturas; el aire pasa por las rendijas libremente; y para calentar aquel montón de desechos, de bien poco debe servir la chimenea que remata aquella cueva.

Al pie de las roídas tablas, y dentro de una cerca, débil como los alambres de una jaula, se muere un huerto y agoniza un jardín, colocado allí con mísera coquetería.

Las plantas que tienen fibra para resistir aquel frío de la atmósfera y aquel desierto de la vida, se aposentan en cajones de madera, pintados de un verde que se va y de un amarillo que entra ya en los dominios del gris, de puro desteñido, y levantan sus tallos flacos y amarotados, como piernas dislocadas de niños enfermizos; la anemia no las deja florecer, ni el musgo brotar, é inclinan la cabeza moribunda sobre la húmeda vivienda, como llamando á la puerta para entrar á calentarse y poder desplegar las hojas que el frío tiene encogidas.

Al lado de la puerta, que fué una persiana en otro tiempo y en la que hay pegada una tela impermeable, una parra nació en una primavera, y al llegar el verano creció tanto y con tan desmesurada prisa, que se olvidó de engordar, y al querer trepar por la casa cayó por su propio peso. Se extendió entonces por el suelo débil y larga como una cuerda, hasta que una mañana, animada por el sol, tuvo fuerzas bastantes para llegar al pie de la chimenea, y desde allí volvió á caer desplomada delante de una ventana, que no se abre jamás, empotrada en la vivienda por exigencias de su construcción de lance.

¡ De lance es cuasi todo en aquel rincón miserable !

¡ De lance el jardín, la casa, la máquina y hasta la gente retratada !

Allí, entre la parra y la puerta, está el cuadro muestrario de los retratos que ejecuta, ó más bien de los que quisiera ejecutar el buen fotógrafo, y da grima ver aquellas caras prisioneras, como peces

dentro un aquarium, que el sol ha vuelto amarillas comiéndose la salud de su semblante.

Realmente, al ver dentro del marco, de un violeta fabricado por la intemperie y debajo de un cristal velado, las fotografías pegadas sobre cartones hinchados por la humedad, entre arañas que allí murieron y sobre un papel lleno de manchas de colores sin color, los pobres retratados parecen convalecientes, rotos los retratos; y el anuncio, en conjunto, semeja esos cuadros que penden delante de las tumbas, rodeados de lazos y coronas.

El fotógrafo reunió un día en aquel cuadro los gloriosos personajes de su época, sin contar cuán poco tiempo se detienen en la memoria de los hombres los ídolos que ellos mismos encumbraron.

Allí se ve á Boulanger en el centro, sonriendo debajo de la palidez de la prueba, en traje de general y sombrero calado hasta los ojos; á su derecha Grévy, con su aire de horticultor bonachón; Faure á la izquierda, el cantante celeberrimo; y en el resto del cuadro literatos que llenaron el mundo con sus obras, mujeres famosas por su vida y su belleza, cancanistas de fama y otros más cuya gloria palideció lo mismo que aquel platino y cuyo recuerdo va borrándose del mundo, como *clichés* que han visto la luz antes de tiempo.

Al lado de tales eminencias vense también retratos de comercio (¡ que no todo ha de ser arte !): un caballero que, al retratar su perro, quedó él retratado y el noble animal fuera de foco; un pollo de mirada azul que salió sin pupilas por castigo de tenerlas de un color que la fotografía no admite; un padre de familia con su prole co-

locada por riguroso escalafón; unos amigos despreocupados en actitud de hacer broma; un presdigitador con todos sus chirimbolos; un soldado luciendo su flamante uniforme y un poco la cabeza, que es lo más secundario en estos casos; tres gimnastas saludando con la sonrisa de las grandes circunstancias; una bailarina vestida de mariposa de *capricho*, sosteniéndose sobre las uñas, y un *Alfonso* que fué el terror del barrio por su gorra de tres pisos y sus bucles lustrosos pegados á la frente con sin igual elegancia.

Este es el cuadro y el adorno principal de la vetusta morada.

En ella no busquéis adornos ni primores de arquitectura, ni nada que indique la vivienda de un artista. El arte de aquel fotógrafo es el arte de arrastrarse por el mundo, para seguir viviendo; no tener ninguna vanidad, para explotar la del prójimo y mantener su familia valiéndose de la luz y del nitrato de plata.

Una Venus de Milo, encima de un pedestal, reñido con todas las reglas del equilibrio, es el único artístico destello que anida en aquel rincón del mundo.

¡ Pobre Venus ! Oculta detrás del musgo que sirve de abrigo á su desnudez clásica, se la ve sin brazos, como siempre; sin cabeza, sin pies, sin pliegues en su túnica (que todo esto tuvo), y de tal modo mutilada, que sólo conserva, la pobre obra maestra, algunas líneas del torso que recuerden su soberana belleza, con sus mutilados restos expuestos al aire libre, sus torneadas espaldas recibiendo la lluvia y las inclemencias del tiempo,

y sirviendo de arrimadero á la puerta del negro laboratorio, en la que se lee en borrados caracteres :

« *Aquí el público no entra.* »

¡Inútil advertencia! ¿ Cómo ha de subir allí, á aquel rincón ignorado, aquel público á quien se suplica que no entre y que es recibido como caído del cielo si llega á entrar, burlándose de la advertencia?

No, no hay temor de que entre ese público tan deseado, y ¡ Dios sólo sabe la falta que les hace á la gente de dentro! ¡ Dios sólo sabe que el día que nadie pasa los umbrales de aquella puerta, á los de aquella casa les visita la miseria! Y ¡ son tantos los días de invierno que el molino está desierto y que nadie, pero nadie, se detiene delante del cuadro de la entrada!

Los pocos que la cruzan se encuentran en un interior triste como una tumba. Aquello tiene algo de jaula, de camarote, de tienda de campaña y de coche de sonámbula, de esos coches-viviendas que recorren las ferias en los largos bulevares.

La adornan en lo posible algunas sillas, cubiertas de cañamazo, que venda heridas y destrozos; una cómoda bruñida por los sudores del fotógrafo; un sillón con funda, que oculta las miserias debajo del percal listado; un armario con algunos platos que han perdido para siempre su inmaculada blancura; y pocos objetos más, rotos, sudados, abriéndose por todos lados, sosteniéndose unos á otros en su desgracia y tostados por el humo de la estufa que sirve de adorno, de calo-

rífero y de cocina, como de todo sirve la negra estancia menos de sala de espera.

No, allí no se hace esperar á nadie.

La antesala no se usa en aquella casa. Al que llega se le introduce en la galería de repente, se le hace el retrato á quemarropa y se le cobra sin pérdida de momento, que hay quien espera el dinero llorando. Una vez en la galería, la víctima *retratable* se encuentra con una máquina apuntando á un paisaje pintado en una tela.

Este paisaje es de un romanticismo á prueba de colores claros y difumados, y entre un castillo gótico de lo más florido y puntiagudo, adornado con adelfas y madre selvas, se destacan unos torneados balaústres, de otro estilo, que dan al conjunto un carácter de transparente, con sabor de litografía trasnochada.

En el centro el poderoso aparato, como si fuera un túmulo, está cubierto por un gran paño negro que cae hasta el suelo en grandiosos pliegues. Aquel soberbio armatoste, esperando que la luz penetre en su fondo misterioso para copiar la imagen en el oculto *cliché*, da tal solemnidad al local y tal nigromántico aspecto, que el que entra á ser retratado se quita el sombrero por instinto, habla en voz baja temiendo algo desconocido y mira de reojo al fotógrafo, esperando ver reventar la máquina como un cartucho de dinamita.

Con estos temores se coloca un hierro en el codo de la víctima, y ya en esta posición comprometida se escoge entre el revuelto mobiliario algo que cuadre con sus tendencias y profesión, ya que allí, lo mismo que en los desvanes de un teatro,

abundan los muebles de cartón y no escasea el oro de purpurina.

Un sillón Luis XIV, que ha de servir para los retratos de cuerpo entero, está codeándose con un oratorio gótico hecho de pasta de papel machacado; un roto paño de billar, que sirve de alfombra á los retratos de á peseta, yace al lado de una estera teñida de verde para las fotografías de aire libre; algunos juguetes rotos, que sirvieron de pasatiempo á los hijos del fotógrafo, se amontonan entre las cubiertas de un viejo devocionario y entre un ramo de azahar utilizable para los *grupos* de bodas, mientras una barca, destinada á los aficionados á ver su imagen y presencia reproducida en alta mar, está anclada de pareja con un caballo de cartón que cojea de tres remos, va sin orejas y sin ojos y le sale la estopa por el vientre, como un penco que ha aguantado veinte picas.

Allí hay pinceles y paleta para los pintores de lo fino; plumas de gran calibre para los literatos; floreros para los burgueses; sables para los militares; y para todos hay objetos simbólicos á fin de que, al par del parecido físico, resulte la semejanza moral de todo ser viviente que se plante cara á cara del objetivo y bajo la voz de mando del fotógrafo que dispara la máquina.

¡Hay que verle en aquellos momentos de angustia, ejerciendo su delicada misión sobre la tierra!

Contando los segundos en voz alta (por falta de reloj) y con la mano temblorosa en el terrible objetivo, parece que toma la medida del tiempo que le queda de vida al retratado.

Este palidece, su rostro se acartona, abre los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1970, 2625 MONTERREY, MEXICO

ojos desmesuradamente como previendo un final desastroso, y cuando un disparo de la máquina anuncia que la operación ha concluído felizmente, la víctima, que ve terminada su situación angustiosa, no sabe darse cuenta de haber sufrido tan poco en operación tan arriesgada, y se admira de que pueda pasarse á la posteridad por camino tan despejado.

El retrato ya *echado en cara* y despachado el cliente, nuestro héroe se introduce con sus *clichés* dentro del negro laboratorio.

Allí, en medio de una obscuridad rojiza, rodeado de botellas de sulfatos, y venenos que contuvieron remedios; de nitratos, ácidos y cloruros, de berrillón (para pantalones de soldado), de vasos de formas raras, de potes de vidrio y tubos de cristal, parece nuestro hombre un nigromántico de otros tiempos, buscando la ansiada piedra de hacer oro.

Oro y no otra cosa es lo que busca en aquel laboratorio miserable el miserable artista, por más que sabe que ni plata puede hallar si no es en forma de nitrato.

Allí se pasa el infeliz horas enteras meditando su pasado, recorriendo su historia en lo profundo del pensamiento. Aquella semiobscuridad le ahorra el trabajo de tener que cerrar los ojos, y, soñoliento en el fondo de su cueva, piensa en las esperanzas que ha visto pasar volando y ha visto desvanecerse en el curso de su vida.

Piensa que, como tantos otros, él fué también una víctima de aquel molino que vió rodar desde su infancia, y recuerda como un sueño lejano la

impresión que produjeron en su alma aquellas alas inmensas cimbreadose en el espacio.

Con la fe de los primeros años, pródigos en dulcísimas visiones, sintió el aroma de arte que bajaba de aquel cerro, respiró en sus pulmones de adolescente el aire impregnado de ilusiones que bañaba el cielo de Montmartre, oyó la voz de los talleres entonando en coro un himno y una oración á la gloria, y con la sed de obtenerla y con la pasión de la inconsciente adolescencia quiso seguir el camino de aquel arte que le pareció de oro y perfumado de mirra.

¡Pobre artista, que consultó su alma sin calcular antes sus fuerzas!

No podía comprender que no basta el buen deseo á traducir lo que no ven con claridad los ojos; que soñando tan sólo, no se suben los peldaños de aquel templo de la gloria, y entonces empezó para él la lucha sorda y terrible librada con su impotencia.

Pasó años de angustias, batallando entre la vigorosa percepción recibida y la impresión mezquina que sus dedos transmitían á la tela; batiéndose con el natural que le aturdía y mareaba con caricias de coqueta; atormentándose el espíritu para dar vida á la materia; y, por fin, la debilidad de su cuerpo pudo más que la avidez de su ánimo, y tuvo que rendirse ante sí mismo y declararse vencido delante del espejo del más amargo desengaño.

Entonces fué bajando aquella escalera de oro que había visto en sueños, y ¡fué bajándola bien aprisa!

Dejó á un lado la inspiración y negoció con su arte; pintó sobre porcelana; dibujó caligrafía; embadurnó panoramas; hizo figuras sobre vidrio para linternas y siluetas para sombras chinescas; fué de teatro en teatro improvisando caricaturas al minuto é hizo retratos en la feria, hasta que, ya exhausto, casado, con cuatro hijos que mantener, envejecido y agotado, se amparó en la fotografía como última tabla de salvamento.

Para ejercerla fué á instalarse al pie de aquel molino que tan mal había pagado su cariño ; se incrustó como un molusco en sus plantas, no pudiendo volar con sus alas, y se quedó aletargado en el fondo de su mísera vivienda.

*
**

Diez años hacía ya que desde allí sentía deslizarse su vida monótona como una llanura sin fondo; diez años interminables que vió pasar inmóvil sin ninguna sensación que levantara su espíritu.

Allí, delante de la puerta, con su mujer y sus hijos, esperaba que subieran los clientes, bajo los rayos de un enfermizo sol de invierno; pero los clientes no subían:

No subían ni atraídos por el cuadro de la entrada, ni por la famosa silueta del molino.

El fotógrafo la veía con tristeza, fijaba su mirada en aquellas alas grises que daban vueltas sin descanso, y, perturbándose su mente bajo aquel rodar eterno, dejaba caer la cabeza sobre el pecho, mareado.

VII

Montmartre por la noche

Montmartre tiene una ventaja sobre los demás barrios parisienses : un cuarto de hora más de luz por la mañana y media hora por la tarde.

Cuando en los grandes bulevares los faroles ya vacilan, amarillentos, sobre el fondo obscuro de la noche que se aproxima ; en esta hora indecisa en que las calles se ven invadidas por la sombra, que pausadamente va subiendo envuelta en ultramar y cobalto, todavía puede verse allá en lo alto de Montmartre, iluminado por los últimos rayos del sol poniente.

El cerro, visto en esta hora postrera, tiene tonos brillantes de Oriente y matices de nieve de un paisaje del Norte.

Las casas, coronadas por la blanca iglesia que sobresale en la cúspide, son las últimas en despedirse del sol, tan querido en este terrible invierno, y el astro generoso, antes de ocultarse en el fondo de la llanura, envía colores de suavísima armonía á la poblada montaña y la adorna con gradaciones de tintas indefnibles.

Toda la escala acromática de violetas claras vibra en los tejados, que van quedándose de apagado mate; la nieve, bañada por el rojo encendido, adquiere veladuras rosadas que son el tormento de los pintores coloristas ; los ventanales reflejan el